

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo I. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 168-171.

### **Gustavo Gallinal (1889-1951)**

Diputado, constituyente, senador, negociador económico, consejero nacional cuando las instituciones eran derribadas en 1933, Gustavo Gallinal fue también, como Regules, un escritor nato absorbido por la política y sus luchas, un estudioso, un hombre estrecho y hasta dramáticamente constreñido por su circunstancia. Como Regules, igualmente marca la orientación esencialmente liberal y conciliatoria del catolicismo de su generación, con la nota diferencial, en él, de su permanencia dentro del bando tradicional nacionalista y de una correlativa mayor impregnación en las pasiones candentes, virtualmente irracionales, de la política nuestra. Como Regules, creció bajo el magisterio rodoniano y aun algunos (Montero Bustamante lo testimonió) vieron en él al heredero de Rodó que tras 1917 se buscó afanosamente. Como Regules, dejó constancia de su tránsito por el arielismo y su final salida de él, de su insatisfacción por su remotismo e insustancialidad: son tres piezas valiosas de nuestra historia espiritual las que integran la conferencia de 1917 **Rodó** (1918), **El alma de Rodó** (LA PLUMA, n° 3, 1927) y **Sobre los Últimos Motivos de Proteo** (LA NACIÓN de Buenos Aires, 25 de junio de 1933). Como Regules, todavía, también Gallinal fue un notable orador, dotado de ciertos rasgos peculiares de nobleza de tono, de amplitud periódica, de desgarbada elegancia, que no se han visto después equivalidos.

Pero Gallinal (y aquí concluyen las semejanzas) guardó un equilibrio entre el escribir y el hablar que no se dio en el autor que le antecede, cuya obra édita es, casi toda ella, un registro de su actividad oratoria. De su en tantos puntos similar, en cambio, puede sostenerse que fue uno de los escritores más dotados de su tiempo; puede señalarse que la frase ondulosa y la sintaxis impecable heredadas de Rodó atenúan su distancia y su monotonía con una calidez, una energía que solieron siempre faltar en su maestro.

Firmemente estuvieron orientados los intereses de Gallinal en cuanto escritor; la mayor parte de ellos convergió hacia la crítica y la historiografía literaria y cultural del país. A esos intereses pertenecen sus dos libros más conocidos: **Crítica y Arte** (1920) y **Letras uruguayas** (1928), sus trabajos sobre José Enrique Rodó, “El Parnaso Oriental” de Lira, Francisco Acuña de Figueroa, Bartolomé Hidalgo y Francisco Bauzá, sus estudios sobre **Los Bienes de la Iglesia** (1911), **Dardo Estrada**, **La constitución de 1812 en Montevideo** y otros más que forman su contribución a

la REVISTA DEL INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY, a cuyos primeros números (su mejor época) aportó generosamente.

También tentó Gallinal el cuento, el diálogo, la estampa, el relato de viajes en **Tierra Española** (Barcelona, 1914) y **Hermano Lobo** (1928). Hay en esos libros páginas que aún podrían interesar y que señalarían la supervivencia de algunos de los mejores trazos de la prosa modernista. Y agréguese todavía, para redondear este balance, que Gallinal no fue uno de esos políticos (que los hay) llegados desde la actividad cultural pero con una proclividad casi vergonzante a olvidar su primera vocación. Por el contrario, a su trabajo parlamentario se debieron, entre otras disposiciones, la Ley de Becas que lleva su nombre y la creación, después tan maltrecha, del “Archivo Artigas”.

Hacia los últimos años de su vida, el golpe de estado, que lo arrojó al destierro y la pobreza, la guerra y revolución de España, la Guerra Mundial nº 2 y el pacto nazi-soviético que la antecedió fueron para él, hombre generalmente sereno, una revulsión emocional e intelectual que, cuando hubo de retomar el ejercicio de la enseñanza (ya lo había practicado en su juventud), toda su persona trasuntaba.

Desvaneciöse, por ejemplo, de sus escritos, cierto hispanismo tradicionalista que rezuman sus primeros libros y sólo pareció atraerle entonces, en la cultura peninsular, el drama de una conciencia liberal, la de Larra (1938). El político de derecha que Gallinal había sido estudió con curiosidad y simpatía los “Acuerdos Matignon” y otras instituciones laborales creadas en Francia por el Frente Popular (**Ensayos**, 1937, nº 15).

El texto de **El Uruguay hacia la dictadura** (1938) que aquí se selecciona no es cabalmente representativo de este momento de su vida pero señala bien, entre otras cosas, su conocimiento directo, ya de actor o de testigo cercanísimo, de los sucesos de 1933. Esto se infiere fehacientemente a través de las muchas alusiones, hoy prácticamente indescifrables, pero, hay también en esas páginas una capacidad de generalizar que amplía su significación a mucho más de ser nuevo diagnóstico de los males espirituales del Régimen de Marzo, y le hacen redondear la figura del golpe de fuerza –conservador, “reordenador”– tan frecuente en el ámbito hispano-americano. Podría señalar un reticente, en ellas, el testimonio de un mundo todavía apacible que importa el tono de dramática desmesura con que se enjuicia ese episodio.

También el dualismo, estrictamente político, de “dictadura-democracia” – como par antitético– podría ser desventajosamente subrayado, así como la carencia de toda relativización, de todo condicionamiento histórico-económico de la cuestión. Pero cabría apuntar asimismo, inversamente, que el libro y este pasaje han nacido de una auténtica, insobornable experiencia humana y que ellos

importan (probablemente) una de las últimas expresiones directas, válidas, que el liberalismo clásico tuvo en nuestro país en la generación que advino entre 1910 y 1920. Una de las últimas, antes de que las guerras calientes y frías achabacaran las ideas y las importaran ya hechas desde las grandes máquinas mundiales masificadoras de la opinión pública.

**Nomenclatura urbana** es en puridad un “artículo”, un buen artículo muy representativo de su forma y modo hacia los años en que fue compuesto. Es visible en él la técnica (rodoniana entre otras) de iniciarse por lo general para ir después cerrando la mira sobre el asunto que se quiere tratar. Alienta en sus páginas una suerte de “emoción montevideana” que posee cierta tenue, pero firme, tradición en nuestras letras. Junto con el tema de la oposición de campo y ciudad y la afirmación de la última como coligante espiritual del país, opera en **Nomenclatura urbana** la convicción optimista, casi universal hacia 1920 y hoy relativamente perdida, en la vigencia de una tradición nacional de sello liberal, integradora (superadora en la acepción en que lo había marcado Herrera en **La tierra charrúa**) del significado de los dos partidos tradicionales; una tradición llena de respetuosas cautelas y fáciles perdones para los monumentales errores de cada uno de los históricos bandos. Claro es, sin embargo, que Gallinal no va al fondo del asunto y esta reticencia y aun esta superficialidad puede ser un signo del tono político de su tiempo. Nada se dice sobre las fuerzas que han modelado nuestra caótica nomenclatura, sobre cierta concepción impositiva de nuestra historia que ha dedicado avenidas y calles céntricas a los más notorios fallidos de nuestro siglo pasado; nada sobre la burla que esa nomenclatura importa a toda firme jerarquía del mérito; nada sobre el presentismo, la novelería, el móvil político minúsculo e inmediato de muchas denominaciones; nada sobre la escandalosa ingratitud hacia constructores y pioneros con que los nombres se disciernen y se varían; nada sobre la antiestética ligereza con que se han borrado los pocos nombres hermosos (pienso en “Bella Vista”, pienso en “Bequeló”...) que esa nomenclatura contenía.